

CAUDETE Y LA BATALLA DE ALMANSA

Por Andrés Bañón Martínez



Andrés Bañón Martínez

La rebelión iniciada por el General Basset, no se propagó con la rapidez prevista ni alcanzó, desde el primer momento, a todos los pueblos, ciudades y villas del Reino de Valencia.

Onteniente, se sumó a la causa del Archiduque después de haberlo hecho Játiva; Castalla y Jijona todavía permanecieron indecisas algún tiempo, hasta que fueron aseguradas para Felipe V por las Milicias de Villena, al mando del Coronel D. Jerónimo Miño y Caudete, amenazada por Almansa, Yecla y muy especialmente por la ciudad de Villena, adictas al Borbón, vivió unos meses de incertidumbres y zozobras, que le impidieron tomar partido oficialmente, en la lucha que sostenían los Reinos de la Corona de Aragón en defensa de las viejas libertades comunes, sin que esta actitud de la Villa (Ayuntamiento), fuera obstáculo para que muchos jóvenes caudetanos se alistaran, con apasionado patriotismo, en las tropas del General Basset.

Los Jurados y Oficiales del Regimiento de Caudete, sostenían una dura lucha entre sus sentimientos de rebelión y el afán de preservar al común de sus vecinos, de las crueldades y peligros de una guerra civil. Era una titánica lucha entre el corazón y el cerebro, que no pudo detener la rueda del destino,

entre cuyos designios insondables, ya estaba escrita la perdición de Caudete.

Fieles a esta política de defender, a toda costa, la integridad del territorio caudetano; la paz y tranquilidad públicas y las vidas y haciendas de todo su pueblo, condujeron la administración que se les había confiado, por un camino plagado de renunciaciones, plegándose a los imperativos que las circunstancias, les deparaban cada día.

A finales del mes de diciembre de 1705, cuando hacía pocos días que Valencia habíase declarado por las Armas del Archiduque, el Obispo de Cartagena Ilmo. Sr. D. Luís Antonio Belluga y Moncada, consigue reunir un ejército regular de seis mil hombres, que acuden a la defensa de Alicante, impidiendo, de momento, que caiga también, en poder de los austracistas y conseguido este objetivo, se retira a la Ciudad de Villena en busca de descanso y alojamientos, que resultaron insuficientes.

El Ayuntamiento de Caudete ya había sido advertido días antes, por el Cabildo Capitular de Villena, de que debía mantenerse en la obediencia a Felipe V y haciendo uso unilateral (apoyándose en la presencia de las tropas del Obispo) de lo que consideró un deber de lealtad al Borbón, que hizo extensivo a la Villa, nombró a D. Pedro Herrero y Josep de Zervera, en calidad de Comisarios (Delegados) para que requirieran de nuestros Jurados, la habilitación de los alojamientos y alimentos complementarios, requerimientos que se cumplió, y tan del gusto de los Capitulares, que cuando vuelven a Villena relatan su informe con las siguientes palabras en la sesión de su Cabildo de fecha 24 de enero de 1706:

“En este Ayuntamiento dieron razón los Srs. D. Pedro Herrero y D. Josep de Zervera, como habiendo pasado a la Villa de Caudete, Reino de Valencia, de orden de la Ciudad, a prevenir alojamientos para la gente que trae dicho Sr. Ilmo., por no ser bastantes los que hay en esta Ciudad, ha ofrecido la dicha Villa todo cuanto se necesite a este fin y al alibio de esta Ciudad, con mas ochenta hombres para incorporarse con dichas tropas. Y entendido todo ello por esta Ciudad, le dio las debidas gracias a los Sres. Comisarios por su cuidado y actividad y acordó se le den asimismo a dicha Villa de Caudete”.

Este hecho, al parecer sin importancia y olvidado u omitido intencionadamente por la Ciudad en su Memorial, resultó, treinta años después, una pieza clave para la independencia de Caudete, como veremos en el capítulo correspondiente.

Sin sospecharlo los Jurados ni los más previsores vecinos, Caudete se iba perfilando, a lo largo de 1706, como un objetivo militar apetecido por las tropas del Archiduque que en su estrategia de acercarse lo más posible y batir a los realistas de Felipe V, escogieron a la Villa como punto de apoyo para la inmediata campaña y al tiempo que caía Madrid (02-07-1706) en manos austracistas, entraba en nuestro pueblo una importante tropa de tres mil ingleses, al mando de D. Ricardo Jorge y D. Felipe Valera.

Inmediatamente después de la ocupación de Caudete por los ingleses, sus jefes mandaron venir a la Villa tres Compañías de Milicias del Reino de Valencia a las órdenes de Don Gregorio Fita, vecino de Onteniente, con lo cual, reforzaron su posición hasta los últimos días de agosto.

Los extranjeros debieron abandonar la Villa en los primeros días de septiembre, quedando solamente de guarnición y para la defensa, las Compañías de Milicias (alrededor de ciento cincuenta hombres) fuerza insuficiente para mantener la plaza en caso de que se produjera algún ataque de los partidarios realistas, como pudo comprobarse el día 11 del mismo mes.

Con las últimas luces y amparándose en las sombras, se presentó ante Caudete un numerosísimo contingente de hombres armados, reclutados en “Villena y otros pueblos” con tan manifiesta superioridad numérica, que pudieron sitiar totalmente a la Villa en espera del nuevo día, para proceder al asalto y fue tal el sigilo que, cuando al amanecer del 12, salieron varios caudetanos para dirigirse a sus tierras, en compañía de un Sargento de las Milicias cuyo destino era Onteniente, fueron asaltados por los sitiadores que mataron al Sargento y apresaron a los demás.

La noticia de lo sucedido, alborotó inmediatamente a los caudetanos y a las Compañías de Milicias que se aprestaron a la defensa de sus vidas y haciendas, ante el temor de que los atacantes formaran parte de bandas incontroladas de guerrilleros o bandidos, ya que no se distinguía entre ellos ningún uniforme militar ni habían sido requeridos por medio de trompeta o bandera para su rendición, con consigna de obediencia al Rey.

La tensión llegó a tan alto grado, que hizo necesaria la presencia del Cura Párroco de Santa Catalina, quien investido de su Autoridad, preguntó a los sitiadores el motivo de su presencia en la Villa, a lo que contestaron sus cabecillas, que pretendían que Caudete jurara obediencia. El Sr. Cura, la dio, en su nombre y

en el de los vecinos pidiendo, a cambio, que se respetara a la población, sin lograrlo. Los salteadores, seguros de su superioridad, quisieron aprovechar la sorpresa con que habían intimidado tan fácilmente a los caudetanos y saquearon la Villa **“sin perdonar a lo sagrado”**.

Fue en este luctuoso suceso cuando incendiaron el Archivo de la Villa, consumiéndose en sus llamas los instrumentos originales de los fueros, costumbres, honores, títulos y privilegios que había ganado la Real Villa de Caudete, durante quinientos años de su Historia. El perjuicio fue gravísimo, en un tiempo de difícil y complicada reposición de tan valiosa pérdida que, además nos dejó inermes jurídicamente ante las ambiciones de la Ciudad de Villena. El trasfondo de esta acción incalificable, no podía ser otro que el **Pleito de los Alhorines**.

Consumado el saqueo e incendio del Archivo, principal objetivo de la operación salteadora más propicia de bandoleros que de militares, se retiraron los asaltantes sin lograr la conquista permanente de la Villa, que continuó guarnecida por las Milicias Valencianas hasta bien entrado el mes de abril de 1707, consolidándose en el Estado Mayor de las tropas del Archiduque, la idea de que Caudete era vital para el desarrollo de la próxima batalla.

Los alrededores de Caudete fueron, desde principios del mes de abril de 1707, campo propicio para el movimiento de ambos ejércitos. Tanto los realistas de Felipe V, como los del Archiduque, parecían jugar al gato y al ratón, merodeando en busca de la ocasión más favorable para librar una decisiva batalla, hasta que se encontraron, por fin, el día 25 en los campos que separan los términos de Caudete y Almansa.

Estas vísperas de la que fue Batalla de Almansa, las recoge D. Joaquín Roa y Erostarbe en el capítulo que dedica a la ciudad de Almansa, inserto en el tomo II de su Crónica de la provincia de Albacete. Son tan interesantes y tan esclarecedoras sobre el protagonismo de la Villa de Caudete, en la campaña militar que llevaron a cabo los ejércitos de los pretendientes a la Corona de España, que se hacen imprescindibles para el conocimiento detallado de unas efemérides vividas con profunda tensión de ánimo por los habitantes de nuestro pueblo, temerosos de la suerte que podía esperarles, según fuera el resultado favorable o adverso a las Armas del Archiduque.

Roa y Erostarbe, prefiere esta relación a la escrita por el Sr. Pérez de Castro en su libro “Armas y batallas célebres” y la antepone igualmente, dice, a la narración debida al “erudito y docto Sr. Lafuente”, porque encuentra en ella, un “peculiar sabor de boca” y “la prolijidad de noticias con que está adornada”. Yo comparto totalmente su opinión por los mismos motivos y porque me ha permitido reconstruir, día a día, los catorce anteriores a la tragedia caudetana.

El día 11 de abril de 1707, el grueso del Ejército austracista, se dirige a Montealegre en persecución de un Cuerpo de Caballería al mando del Duque de Pópuli, quien avisado por sus escuchas, consigue huir hasta los cuarteles de Chinchilla, mientras los del Archiduque, viendo frustrado su intento resuelven pasar a Yecla, comenzando un saqueo que durará hasta el 17.

El Duque de Pópuli esperó en Chinchilla a las fuerzas del Duque de Berwick, Mariscal de Felipe V y jefe superior de este ejército (que reunió un total de cincuenta batallones y sesenta y

seis escuadrones, con treinta y cuatro piezas de artillería) desde el día 12 hasta el día 18.

En este último día, los austracistas, al mando del Marqués de las Minas (portugués) y de Milord Galloway abandonan Yecla, partiendo hacia Villena el grueso de las fuerzas mientras otra parte importante se dirige a Caudete, todavía guarnecido por fuertes contingentes enemigos de la causa borbónica.

Sabedor el de Berwick de los movimientos del Marqués de las Minas en este Lunes Santo, manda iniciar la marcha para dirigirse, igualmente, a Villena y acudir en su socorro, pero solo pudo andar tres leguas hasta Pétrola, donde se detiene a pasar la noche.

Al siguiente, día 19, anda otras tantas y pone su campo en Montealegre, quedando inmovilizado por falta de bastimentos para la infantería y paja y cebada para los 7.500 caballos, durante los días 20, 21 y 22. Este último día llegan el pan y la cebada, lo que permite al ejército ponerse en marcha, caminando cuatro leguas. Almansa se les ofrece a la vista al atardecer del 23 y el Mariscal, juzgando propicio el terreno que se abre ante sus ojos para los movimientos de la Caballería, ordena que se establezca el campamento con el objeto de dar reposo a sus soldados y con la secreta esperanza de que venga a buscarlo, en posición tan favorable, el ejército austracista. La jornada terminaría con una buena noticia: el castillo de Villena no había capitulado.

El Marqués de las Minas tampoco ignoraba los movimientos del Mariscal Berwick y consciente de que el momento esperado no estaba lejano, ordena a Galloway que se retire de Villena y se dirija a toda prisa a Caudete el Domingo de Resurrección, día 24. En Caudete se reorganizará todo el ejército

y quedará listo para enfrentarse al día siguiente a las tropas españolas y francesas.

Esta orden obedecía a dos causas principales: la primera, tener una reunión de todo el Estado Mayor para discutir la estrategia a seguir, en busca del ejército del de Berwick; las medidas a tomar; el camino que deberían andar hasta Almansa; la hora de salida y las demás naturales de esta clase de reuniones militares y la segunda, conceder un descanso a las tropas que habían llegado a Caudete, lo suficientemente prolongado como para que los soldados pudieran enfrentarse, con elevada moral, a las penalidades y peligros de una batalla que, ambos generales, consideraban no solo importante, sino, tal vez, decisiva.

Si Caudete se encontraba desde hacía algunos meses ocupado por fuertes contingentes austracistas, en este Domingo de Resurrección de 1707, vio como todo un importante ejército llegaba a sus puertas y acampaba extendiéndose alrededor de la Villa. Como en su SALA DE LA VILLA, se reunía la flor y nata de su Estado Mayor. Cómo personajes tan importantes como el Marqués de las Minas, Galloway, el Conde Donna, el Conde de Villaverde, Don Juan Manuel, Erle y Tirali, todos Mariscales de Campo y Tenientes Generales y los Generales de Batalla y Tenientes Generales Don Juan de Ataide, Vasconcelos, Grisón y el Conde de la Atalaya, entraban y salían del Ayuntamiento para dar consejos y recibir consignas, vestidos con sus mejores galas... Un espectáculo grandioso, colorista y asombroso para los Jurados y el común de sus vecinos que, no obstante su fanfarria militar, guardaba en sus arcanos los imponderables de la incertidumbre y la esperanza.

Poco antes de medianoche, este imponente, vistoso y optimista ejército, que jamás se había visto por nuestras bardas, abandonó Caudete por el Camino del Collado. Iba en busca de la Gloria. En busca de la defensa de las libertades multiseculares de Valencia y de Caudete.

A las nueve de la mañana del día 25 de abril, era avistado por las tropas del Duque de Berwick, después de haber recorrido veinticuatro kilómetros. A las once, perfectamente formado, ya estaba dispuesto para la batalla, que dio comienzo a las tres de la tarde. A las cinco, su derrota fue completa y mientras el Marqués y Galloway huían a uña de caballo, los postreros cañonazos fueron la salva fúnebre de las ilusiones, derechos, fueros y privilegios del Reino de Valencia, aventados con el humo de la batalla.

A Almansa, le sonrió la fortuna. Caudete entraba en la noche más oscura de su Historia y tardaría treinta años, en lograr su independencia de Villena.

Transcripción del capítulo IV de

“CAUDETE PÉRDIDA DE SUS FUERO DEL REINO DE VALENCIA”

Por Andrés Bañón Martínez